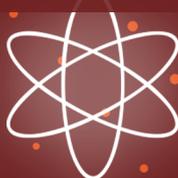


2DA. ED.

ÉXITO *en la* UNIVERSIDAD

ADAPTÁNDOSE A LA VIDA ACADÉMICA
VÍCTOR HORNA | PERCY MADUEÑO | ROMÁN MARQUINA



FONDO
EDITORIAL

2DA. ED.

ÉXITO *en la* UNIVERSIDAD

ADÁPTÁNDOSE A LA VIDA ACADÉMICA

VÍCTOR HORNA | PERCY MADUEÑO | ROMÁN MARQUINA



FONDO
EDITORIAL

Horna Calderón, Víctor
Éxito en la universidad : adaptándose a la vida académica / Víctor Horna, Percy Madueño,
Román Marquina -- 1a ed. -- Lima : Universidad San Ignacio de Loyola, 2018
152 p. ; 27 cm.

ISBN: 978-612-4370-27-4

1. Desarrollo humano. 2. Psicología del desarrollo. 3. Comunicación interpersonal. 4.
Resiliencia. 3 Aptitud creadora. 4. Neurociencia. 5. Gestión de tiempo. 6. Roles sexuales. 7.
Trabajo en equipo. 8. Estrés. I Madueño Ramos, Percy. II. Marquina Luján, Román

155
H76

ÉXITO EN LA UNIVERSIDAD

Adaptándose a la vida académica

© Horna-Calderón, Víctor; Madueño Ramos, Percy y Marquina-Luján, Román

Segunda edición, febrero de 2019
Primera edición, agosto de 2018

© De esta edición
Universidad San Ignacio de Loyola
Fondo Editorial
Av. La Fontana 750, La Molina
Teléfono: 3171000, anexo 3705

Director editorial: José Valdizán Ayala
Coordinadora: María Olivera Cano
Corrector de estilo: Rafael Felices
Diagramación y diseño de portada: Sergio Pastor Segura

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-02743

Impresión:
Aleph soluciones gráficas
Jr. Riso 580 - Lince

Marzo 2019

Tiraje 3000 ejemplares

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso expreso del Fondo Editorial.

PRESENTACIÓN

El mundo actual exige a los profesionales una serie de competencias personales y académicas que deben ser logradas durante su etapa de preparación en la universidad. El aprendizaje oportuno y el desarrollo eficaz de dichas destrezas es el factor principal para el éxito en sus estudios y posterior desenvolvimiento laboral.

El presente libro tiene el objetivo de ofrecer a los universitarios ingresantes una serie de actividades de aprendizaje con el propósito de favorecer su desarrollo personal y académico.

El trabajo final consiste en la elaboración de dos grandes productos que todo estudiante universitario debería realizar en pro de su formación profesional: un proyecto de desarrollo personal y un trabajo académico.

El primero tiene el objetivo de que el estudiante logre el reconocimiento y desarrollo de su potencial personal, mediante el fortalecimiento de su autoconocimiento, autoestima, autoeficacia, entre otros; y el segundo aborda un aspecto estrechamente vinculado con las exigencias de la vida académica universitaria: busca desarrollar habilidades básicas para la búsqueda de información y la redacción, siguiendo las normas de la American Psychological Association (APA).

Esperamos que este libro sea de gran utilidad para su desarrollo personal y ulterior desempeño profesional.

Los autores

CONTENIDO

Tema 1: VISIÓN ANTROPOLÓGICA DEL HOMBRE

Ficha n.º 1a: La odisea de la especie	11
Lectura: El principio del hombre	13
Ficha n.º 1b: Autoconocimiento y autoconcepto	21
Lectura: Autoconocimiento	23

Tema 2: AUTONOMÍA, AUTOEFICACIA Y RESILIENCIA

Ficha n.º 2: Actitudes y consejos para vivir la resiliencia	29
Lectura: Resiliencia	33

Tema 3: CREATIVIDAD Y ORIGINALIDAD

Ficha n.º 3: Cuentos para imaginar	43
Lectura: Habilidades creativas y generación de ideas	45

Tema 4: CEREBRO Y APRENDIZAJE

Ficha n.º 4: Mitos y creencias	49
Lectura: Neurociencia y aprendizaje	51

Tema 5: BÚSQUEDA DE INFORMACIÓN

Ficha n.º 5: Habilidades de búsqueda de información	53
Lectura: ¿Cómo buscar información en internet?	59
Guía para la elaboración del trabajo académico	65

Tema 6: ARGUMENTACIÓN CRÍTICA

Ficha n.º 6: Errores en la formulación de argumentos. Tesis, argumentos y conclusiones.	67
Lectura: Fomento de la lectura	69
Guía para la elaboración del trabajo académico	77

Tema 7: HABILIDADES DE ORGANIZACIÓN Y GESTIÓN DEL TIEMPO	
Ficha n.º 7: ¿Cómo gestiono actualmente mi tiempo?	79
Lectura: 7 ladrones del tiempo	83
Guía para la elaboración del trabajo académico	92
Tema 8: ROLES DENTRO DE LA SOCIEDAD/RESPONSABILIDAD SEXUAL	
Ficha n.º 8: Actitudes y roles en la sociedad	93
Lectura: La convivencia y sus valores	99
Guía para la elaboración del trabajo académico	101
Tema 9: TRABAJO EN EQUIPO	
Ficha n.º 9: Trabajo en equipo	103
Lectura: El trabajo en equipo	105
Guía para la elaboración del trabajo académico	108
Tema 10: ESTRÉS ACADÉMICO	
Ficha n.º 10: Estrés académico	109
Lectura: Gestión del estrés académico por parte del orientador educativo: El papel de las estrategias de afrontamiento	113
Guía para la elaboración del trabajo académico	120
Tema 11: COMUNICACIÓN Y HABILIDADES SOCIALES	
Ficha n.º 11: Las habilidades sociales ante la búsqueda de un empleo	121
Lectura: Los estilos de comunicación	125
Anexos	135

INDICACIONES PARA EL USO DEL CUADERNO DE TRABAJO

Estimados estudiantes, el presente cuaderno de trabajo ha sido elaborado como una ayuda que favorezca los resultados de su aprendizaje, con la finalidad de que cada uno de ustedes pueda lograrlo de manera personalizada.

Para cada tema, han sido considerados tres tipos de actividades. Estas se realizarán como complemento de la temática de clase mediante el desarrollo de las fichas de trabajo.

Las actividades del presente material podrán ser realizadas bajo la supervisión de un profesor y empleando fichas o reportes desglosables o de manera individual.

Actividades autónomas: El objetivo es reforzar el aprendizaje del tema de clase. Las fichas contienen instrucciones para guiar su ejecución.

Lecturas complementarias: Contienen información adicional relacionada con el tema. Han sido seleccionadas para ampliar su aprendizaje.

Actividades metacognitivas: Son planteamientos o preguntas, cuyo propósito es la autorreflexión sobre la forma o esfuerzo requerido para el aprendizaje respectivo.

Nombres: _____

Ficha N.º 1a: La odisea de la especie

Consigna: Observe el video *La odisea de la especie* (Malaterre, 2011) con atención y anote los detalles más importantes.

Luego, responda las siguientes preguntas.

1. ¿Cuál cree usted que fue el principal factor o característica que favoreció la evolución del hombre?

2. ¿Qué característica considera que es la principal diferencia entre el hombre y los animales?

3. ¿De qué manera ayudó el descubrimiento e invento de herramientas al desarrollo de la especie humana?

4. ¿Qué cambios en el aspecto social fueron apareciendo a medida que el hombre iba evolucionando? ¿De qué manera lo diferenciaban de los otros animales?

5. Complete en el cuadro siguiente:

	ASÍ ÉRAMOS	ASÍ SOMOS
En lo familiar		
En lo laboral		
En lo social		

Lectura: El principio del hombre

1. ¿Cuáles son las dos respuestas que se dan con respecto al origen del hombre?

a.

b.

2. ¿Qué significa: el hombre es un ser prático?

3. ¿Según Gehlen, qué es "actuar"?

4. ¿Cuál es la diferencia orgánica fundamental entre el hombre y cualquier otro animal?

5. ¿A qué se denomina "neotenia"?

6. ¿Por qué se dice que, al hombre, Dios lo creó sin lugar propio?

Lectura 1a

EL PRINCIPIO DEL HOMBRE

Al comienzo de su vasta y dispareja obra fundamental, titulada *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, Arnold Gehlen hace una observación importante sobre la imagen que los hombres se hacen de sí mismos y de su rango específico entre los demás seres. A la pregunta sobre el origen del hombre, se dan dos respuestas: «La primera hace que el hombre provenga de Dios; la otra, del animal. La primera no es científica, y la segunda, como veremos, es equívoca, precisamente desde el punto de vista científico. Por otra parte, es curioso que ambos puntos de vista tengan un presupuesto común, a saber: que el hombre no puede ser comprendido desde sí mismo; que solo puede describirse o interpretarse con categorías extrahumanas». O bien el hombre es una criatura fabricada por Dios a su imagen y semejanza; es decir, un pariente divino aunque caído y, por tanto, menesteroso, un subdios... o bien es un mono que ha evolucionado hasta alcanzar un éxito abrumador sobre el resto de sus congéneres: un súper animal. Ambas perspectivas parten de lo no humano para llegar a lo humano, sea sustrayendo o añadiendo cualidades. Por lo visto, el hombre no puede ser comprendido a partir de algún concepto o categoría que le sea específicamente propio.

Dejemos a Dios o a los dioses a un lado: en filosofía, como punto de llegada resultan poco convincentes, pero como punto de partida son sencillamente intolerables. Y aplacemos por un momento considerar nuestros parentescos zoológicos, a los que enseguida tendremos, de uno u otro modo, que referirnos. Consideremos al hombre en sí mismo. ¿Qué le define? Dice Gehlen que es un ser prático; es decir, un ser que actúa, que quiere hacer cosas y que hace cosas que quiere. La característica no parece demasiado distintiva. ¿Acaso no es la «actividad» lo característico de todos los seres vivos? ¿Acaso «vivir» no equivale siempre, de alguna manera, a «actuar»? Sin embargo, Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, asegura taxativamente que los animales no «actúan».

De modo que «actuar» debe ser algo más que alimentarse y reproducirse, buscar refugio o fabricar madrigueras, cazar o moverse en busca del calor del sol o de aguas templadas. «Actuar» no es solo ponerse en movimiento para satisfacer un instinto, sino llevar a cabo un proyecto que trasciende lo instintivo hasta volverlo irreconocible o suplir su carencia. Las acciones tienen que ver con diseños de situaciones virtuales que no se dan en el presente, con el registro simbólico de posibilidades que no se agotan en el cumplimiento de paradigmas establecidos en el pasado, sino que se abren a futuros inéditos e incluso disidentes. La acción está vinculada a la previsión, pero también a lo imprevisto: es intentar

prever jugando con lo imprevisible y contando con su incertidumbre. Es una forma emprendedora de responder a las urgencias y solicitudes de la realidad plural, pero también de explorarla y descubrir en ella capacidades aún no efectuadas. El ser activo no solo obra a causa de la realidad, sino que activa la realidad misma, la pone en marcha de un modo que, sin él, nunca hubiera llegado a ocurrir.

Si de lo que realmente se trata es de encontrar no el origen del hombre (en su sentido físico, zoológico) sino su principio (o sea, aquello a partir de lo cual comienza a ser hombre), sin duda tal principio está en la acción, es decir, en una intervención en lo real que selecciona, planea e innova. La acción –en el sentido humano y humanizador que aquí le damos al término– es lo contrario del cumplimiento de un programa. Las pautas vegetativas y los instintos son programas; las rosas y las panteras están «programadas» para ser lo que son, hacer lo que hacen y vivir como viven. Los seres humanos estamos programados también, pero en una medida diferente: nuestra estructura biológica responde a programas estrictos, pero no así nuestra capacidad simbólica (de la que dependen nuestras acciones). Digamos que los seres humanos estamos programados en cuanto «seres», pero no en cuanto «humanos». Recibimos con nuestra dotación genética la capacidad innata de llevar a cabo comportamientos no innatos.

La diferencia entre los seres vivos totalmente programados y los seres humanos, solo en parte programados, puede parecer cuantitativamente mínima, pero constituye un salto cualitativo radical. A ello se deben los actuales reiterados equívocos sobre el significado de las similitudes genéticas entre el hombre y otros animales. Se nos informa, incontrovertiblemente, que la diferencia genética que nos separa de los chimpancés es mínima (menos del cinco por ciento), y no mucho mayor la que nos aleja del cerdo o del gusano. Algunos se afligen ante este parentesco zoológico y otros lo celebran como un supuesto correctivo científico ante el indebido orgullo de nuestra especie. Cualquier invocación a la modestia debe ser bienvenida (sobre todo si se dirige a quienes se vanaglorian de su pertenencia a una línea genealógica adquirida sin esfuerzo ni mérito propio), pero lo cierto es que la conclusión más evidente de tales estudios viene a ser que (dadas nuestras radicales diferencias con chimpancés, cerdos o gusanos) la dotación genética no es lo más decisivo en el establecimiento de la condición humana. Cuanto más se demuestra nuestra continuidad genética con otros animales, más obvio resulta que nuestra flagrante discontinuidad en el campo de las acciones debe provenir de otros elementos no identificables en el ADN. Esta conclusión no tiene por qué aumentar ni disminuir la autocelebración de los logros humanos, pero indudablemente sirve para relativizar, en ellos, la importancia de la influencia genética.

El ser humano cuenta con una programación básica –biológica– en cuanto ser vivo, pero debe autoprogramarse como humano. En ocasiones, esta autoprogramación humanizadora implica una cierta «desprogramación» animalesca. A diferencia de otros seres vivientes, el hombre no está programado totalmente por los instintos, e incluso juega frecuentemente contra ellos por medio de su «contraprogramación» simbólica... Comparado incluso con sus parientes zoológicos más cercanos, ofrece una sensación de apertura, de inacabamiento: en resumen, de extrema disponibilidad. Precisamente, esta disponibilidad constituye el enigma de lo humano y, también, la paradoja de la doctrina de la evolución. Arnold Gehlen hace hincapié necesario en este aspecto, que ya había sido apuntado por Max Scheler en su comprimido y famoso ensayo *El puesto del hombre en el cosmos*.

¿Cuál es la diferencia fundamental, orgánica, entre el ser humano y cualquier otro animal? Su casi absoluta ausencia de especialización de ningún tipo. Lo prodigioso de la constitución de los animales, que lleva a las almas cándidas a proclamar edificantes letanías sobre la sabiduría de la madre naturaleza (nótese que se la puede llamar «sabia», pero ni los más ingenuos la declaran «tierna» o «dulce»), es el nivel de adecuación fisiológica que alcanzan para dedicarse a ciertas tareas y para vivir en determinado medio. Todas las bestias son portentosas especialistas en empeños exigentes y excluyentes, sea saltar, morder, desgarrar, alimentarse de residuos, soportar temperaturas altísimas o bajísimas, procrear en las peores condiciones imaginables, hacer nido en lo imposible, etc.

En zoología, los estudios anatómicos son siempre consideraciones minuciosas de instrumentos de alta precisión. El ojo se convierte en microscopio, las extremidades sirven para trepar (aunque no para andar) o para nadar (aunque solo se arrastran fuera del agua), la mandíbula adquiere una fuerza trituradora excepcional (aunque ello implique sacrificar a los músculos parte de la capacidad craneal), la zarpa es capaz de aplastar cualquier testuz, etc. En el ser humano, por contraste, no se dan estas excelencias hiperespecializadas: miembros, órganos y sentidos están mucho menos definidos para tareas específicas, aunque se las arreglan mejor o peor para cumplir una serie de encargos imprevistos.

En el supermercado de la vida, casi todos los animales parecen ser tecnología de punta, herramientas finísimamente calibradas, con el fin de cumplir tal o cual tarea en un determinado nicho ecológico. Como ocurre con otros instrumentos semejantes, sirven muy bien para lo que sirven, pero para nada más. En cuanto cambian las circunstancias o el paisaje, se marchitan y extinguen sin remedio. Los seres humanos, por el contrario, son anatómicamente indigentes, padecen un diseño chapucero y carente de adecuación precisa, pero soportan

las mudanzas y compensan con su actividad inventiva las limitaciones que les aquejan. Hacen de la necesidad virtud y convierten su esencial imprecisión en estímulo y posibilidad flexible de adaptación.

Así resume lo que venimos exponiendo Michel Serres: «La palabra ‘especie’ repite el término especialización. Por el contrario, nuestros órganos se desespecializan. Comparada con la pezuña de los rumiantes, con la pinza del cangrejo, con el tentáculo del pulpo, la mano, no especializada, termina por hacerlo todo: levantar un martillo, conducir un arado, tocar el violín, acariciar, hacer señas... Comparada con los picos de los pájaros, con las fauces del tiburón, con el hocico del perro, la boca, no especializada, acaba por hacerlo todo: morder, sin duda, pero también besar, silbar, hablar mil lenguas. En lugar de habitar una localidad, lo humano, desdiferenciado, incluso indiferente, si nos atrevemos a decirlo, recorre el mundo, y viaja y, de golpe, desbordando el presente inmediato, entra en un tiempo diferente».

Estas características de los seres humanos plantean una cierta contradicción respecto a la visión popular de la evolución de las especies. Por lo común, se entiende que el hombre proviene por sucesivos refinamientos de una especie animal más tosca y, por decirlo así, peor diseñada. Todos hemos visto mil veces esa serie pedagógica que muestra, primero, a un cuadrumano; luego, a un chimpancé un poco más erguido; después, a un antropoide ya más presentable; a continuación, un primo todavía un poco agachado pero con rasgos neanderthalenses, etc., hasta llegar en la última imagen a un correcto caballero que camina sin fallos y se adorna con sombrero y corbata. Pero el camino evolutivo –si no resulta demasiado teleológico expresarnos así– parece seguir un rumbo casi opuesto. Los animales superiores (y, en particular, los antropoides que más se nos asemejan) están definidos de una forma mucho más precisa y eficaz que los humanos. Han desarrollado mejores armas, músculos más aptos, capacidades más determinadas. Son menos ambiguos que nuestros congéneres. Del mismo modo que el feto o el recién nacido, son más imprecisos en la mayoría de los aspectos que los adultos plenamente desarrollados (en cuanto a su identidad sexual, el manejo de sus extremidades y la competencia focalizada de sus órganos). Los seres humanos están peor definidos bajo cualquier categoría que un mono antropoide de los que resultan zoológicamente más próximos.

Si la evolución va desde lo esbozado a lo preciso, desde lo indeterminado a la especialización eficaz, un chimpancé o un babuino están más evolucionados que un ser humano; no menos... En los hombres, se mantienen constantemente rasgos fetales, una perpetua indeterminación pueril: somos una especie menos

«crecida» que las demás, menos decidida en nuestro desarrollo. Nos han sacado del horno evolutivo demasiado pronto; estamos a medio cocer... Envejecemos sin perder nunca del todo nuestro aire de simple esbozo, de apunte inacabado, nuestra esencial adolescencia. A esta característica se la ha denominado «neotenia», y cabe suponer que de ella depende nuestro éxito como especie, si de «éxito» puede calificarse la historia humana y nuestra hegemonía sobre la mayoría de los demás seres naturales. Aunque... ¿puede haber un éxito con «por qué» pero sin «para qué»?

Indeterminados en lo referente a hocicos, músculos y zarpas, los seres humanos tenemos, en cambio, un órgano máximamente desarrollado y con múltiples prestaciones muy sofisticadas: el cerebro. Aunque mal dotados en lo que respecta a pautas de conducta instintivamente codificadas y en la adecuación a un medio ambiente concreto, estamos provistos del instrumento más apto para improvisar e inventar ante las urgencias de lo real. El cerebro es el órgano específico de la acción: conoce, delibera, valora y decide. Funciona acicateado por nuestras carencias e insuficiencias, para buscarles remedio y aprovecharlas a nuestro favor. Los seres vivos que más han evolucionado en el perfecto acomodo a un tipo de vida y a un nicho ecológico han avanzado tanto por un camino que ya no pueden cambiar de rumbo ni buscar vías alternativas. No necesitan reflexionar, porque siempre aciertan automáticamente... hasta que cambian las circunstancias y, entonces, fallan del todo.

El ser humano, desde su imprecisión, comete constantes errores, pero aprende de ellos y va corrigiendo permanentemente sus derroteros vitales. Porque la otra función del cerebro es almacenar la información adquirida a partir de la experiencia, codificarla en símbolos abstractos y transmitirla por medio del lenguaje. La vida humana perpetúa el rasgo característico de la infancia: el aprendizaje, la educación permanente. No estamos determinados a vivir en ningún paisaje ni en ningún clima, pero sí a convivir con semejantes que nos enseñen y ayuden. El medio ambiente natural específico de los seres humanos es la sociedad.

La condición activa del hombre (su carácter «práxico» en la terminología de Gehlen) brinda el concepto propio adecuado a partir del cual definir su origen y su diferencia específica. La acción origina al ser humano. Como bien apuntó Aristóteles al distinguir entre praxis y poiesis, la acción no es fabricación de objetos o de instrumentos, sino creadora de humanidad. La praxis es autopoietica: la principal industria del hombre es inventarse y darse forma a sí mismo. Esta perspectiva, fundamental en la idea dinámica que el ser humano se hace de sí mismo, ya tuvo una importancia central en el planteamiento de la dignidad humana realizado por Giovanni Pico della Mirandola en su famosa *Oratio*

pro hominis dignitate, que algunos consideran algo así como el manifiesto del humanismo renacentista.

Según Pico, Dios ha situado a cada uno de los seres en su lugar apropiado a lo largo de una escala de los vivientes que desciende desde la sublime agilidad del ángel hasta la amorfa pulsación de la ostra.

En esa jerarquía, cada cual adquiere su perfección siendo lo que es; ni más ni menos. Pero, al hombre, Dios le ha creado sin lugar propio, como una pieza móvil entre figuras encapsuladas, tan capaz de ascender hacia lo alto como de descender hasta lo más bajo; es decir, capaz de actuar: Un «magnífico camaleón» que puede adoptar las formas más diversas e inesperadas. Con este discurso, la divinidad certifica esta disponibilidad única: «No te he dado, Adán, ni un aspecto tuyo propio, ni ninguna prerrogativa tuya, porque aquel puesto, aquel aspecto, aquellas prerrogativas que tú deseas, todo, según tu voluntad y juicio, lo obtengas y conserves. La naturaleza determinada de los demás seres está contenida en las leyes por mí prescritas. Tú te la determinarás a ti mismo, sin estar condicionado por ninguna frontera, según tu arbitrio, a cuya potestad te consigno. Te puse en el centro del mundo, para que descubrieras mejor todo lo que hay en él. No te he hecho ni celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, libre y soberano artífice, te plasmaras y esculpieras en la forma por ti elegida. Tú podrás degenerar hacia las cosas inferiores, hacia los brutos; tú podrás regenerarte, según tu voluntad, hacia las cosas superiores que son divinas». La dignidad del hombre es ser cocreador de sí mismo, junto con Dios, completando y reformulando aquello por la divinidad esbozado. Su perfección no está en cumplir el programa determinado de su ser, sino en inventarlo y orientarlo hacia lo mejor... Es la naturaleza (o el *Deus sive Natura*) la que obra a través de los demás seres, cuyo destino tienen seguro y a salvo en ella, mientras que el hombre actúa por sí mismo, y a su propio riesgo, en la naturaleza.

Ecoss indudables del planteamiento de Giovanni Pico aparecen siglos más tarde, durante la Ilustración francesa, en la doctrina de Rousseau acerca de la perfectibilidad humana, sobre la que se funda la posibilidad de la educación, pero que presenta como contrapartida inevitable la posibilidad de corrupción humana, su degradación del primigenio e irrecuperable estado de naturaleza. Uno de los *revivals* contemporáneos más curiosos del discurso renacentista sobre la dignidad humana se encuentra en el primero de los *Sonetos desde China*, de W. H. Auden. Tras mencionar cómo las diversas criaturas naturales (abejas, truchas, melocotones...) recibieron desde la primera hora su ser definitivo y quedaron

satisfechas «de estar en lo cierto y conocer su posición por toda la eternidad», prosigue así:

Resulta sobre todo interesante que Auden subraye el carácter «infantil» del ser humano; es decir, expectante y tentativo. En la antropología, es válida, más que en ningún otro campo, la sentencia de Karl Kraus: «Nuestra meta es nuestro origen». Digamos, finalmente, que esta perpetua adolescencia humana dota también a la especie de una singular tenacidad, de una obstinación a veces admirable y otra temible. En su hermosa meditación narrativa *Terre des hommes*, Antoine de Saint-Exupéry, cuenta la tremenda peripecia de un aviador compañero suyo que, en medio de una fenomenal tormenta de nieve, desaparece en los Andes. Todos le dan por definitivamente perdido: aun en el supuesto que no hubiese muerto al estrellarse su avión, ¿quién podría sobrevivir a la noche atroz en las cumbres congeladas?

Pero el piloto reaparece siete días más tarde, tras haber caminado entre abismos y farallones cubiertos de hielo durante jornadas casi inimaginables, recordando a su mujer, a sus compañeros, consciente de la obligación impuesta por el correo que llevaba en su aparato y negándose a la tentación de echarse en la nieve para morir en paz. Saint-Exupéry se reúne, finalmente, con él, y «es, entonces, cuando expresaste, y tal fue tu primera frase inteligible, un admirable orgullo de hombre: “Lo que yo he hecho, te juro que jamás lo habría hecho ningún animal”». Gehlen (1987). (Modificado de Savater, 2010).

A continuación, le planteamos unas interrogantes con la finalidad de que pueda evaluar qué tan efectivos son los recursos y las estrategias de aprendizaje que ha venido empleando en esta unidad.

Reflexionemos sobre la actividad

- ¿De qué se da cuenta?
- ¿Le resultó importante este tema? ¿Por qué?
- Si tuviera que volver al pasado en la historia de los homínidos, indique dos cambios que le gustaría realizar. Explique las razones.

Nombres: _____

Ficha N.º 1b: Autoconocimiento y autoconcepto

Consigna: Observe el video de Autoconocimiento (https://www.youtube.com/watch?v=-_kHXgQ6Mng) con atención y anote los detalles más importantes para, luego, responder unas preguntas acerca del tema.



1. ¿Por qué es importante el autoconocimiento?

2. ¿Por qué no debemos rechazar o ignorar nuestros aspectos negativos?

3. ¿Qué es el autorrespeto y cuál es su importancia?
